

Siete poetas latinoamericanos

La poesía está cada vez más cerca

Selección y nota introductoria

Ezequiel Carlos Campos y Alberto Avendaño

Quién imaginaría que los territorios poéticos tendrían un acercamiento a través de un aparato con internet, o que los países se unieran al momento de mandar un mensaje en redes sociales y recibir una notificación. Así es, desde hace tiempo, la poesía, un espacio indudablemente humano que requiere del otro para poder expresarse, interpretarse; pero esa forma de expresión necesita también un sustento del cual notificar su existencia: es el papel, la pantalla de un celular o una computadora quienes immortalizan, con las lecturas físicas o virtuales, la palabra. Por ello es importante que la poesía se mantenga en este tipo de espacios, surjan, mejoren, sean cada vez más los lugares donde las expresiones poéticas hagan efecto.

También pertenece al ejercicio poético contemporáneo visualizarnos como *nómadas digitales*, que pueden visualizar la otredad poética — en lugares que tal vez ni sabíamos que existían—. Tal vez, sin redes sociales, muchos de los poetas más leídos en la actualidad no tendrían un espacio para publicar; sin duda estamos ante una de las eras más impresionante en la literatura y la comunicación.

Cuando el Consejo Editorial de *Redoma* nos propuso realizar un *dossier*, pensamos de manera inmediata que la poesía era el género escogido más allá de que los que hacemos la selección nos dedicamos a este ejercicio, sino que creemos justo empezar a darle a este género la importancia que merece. Zacatecas no se entiende sin la poesía. De esta manera, los que escribimos esto nos dimos a la tarea de llevar a cabo un *dossier* de poetas latinoamericanos, porque creemos que la internacionalización de este espacio también es parte de nuestra tarea.

En esta ocasión, por la cuestión del espacio, seleccionamos a siete poetas que, desde nuestro punto de vista, son un reflejo de lo que se escribe en la actualidad en sus latitudes. No fue posible antologar a todos, por eso con el seleccionar a una o uno de ellos intentamos dar una muestra de la poesía de sus generaciones. Así, Colombia, Costa Rica, Bolivia, El Salvador, Chile y Argentina representan esta muestra de poesía latinoamericana, con la idea de que los lectores se lleven una buena experiencia.

En esta selección tenemos a Ana María Bustamante (Colombia), que es una poeta, fotógrafa y socióloga quien ha ganado el Premio Latinoamericano de Poesía Ciro Mendía con su libro *Nieve*, el Premio Nacional de Poesía Tomás Vargas Osorio con su libro *Antes de ser silencio* y el IX Concurso Nacional de Poesía Héctor Trejos Reyes. Por su parte, Randall Roque (Costa Rica) recibió el Premio Internazionale di Poesia Castello di Duino, 2007, reconocido por la UNESCO, y es autor de más de diez libros de poesía, entre los que destacan *Hago la herida para salvarte* y *El más furioso de los perros*, ambos traducidos al inglés. Además, Ada Zapata Arriarán (Bolivia) es escritora, ensayista y periodista cultural, licenciada en Literatura, autora de *Fragments en el aire* y *El sueño del mundo*.

También se encuentra en esta selección Josué Andrés Moz (El Salvador), poeta, vendedor de libros, corrector de estilo y gestor cultural, cuyas publicaciones son *Carcoma*, *Pesebre*, *Babel* y *El libro del Carnero*. Marisa Martínez Pérsico (Argentina) es poeta, traductora del idioma italiano y docente universitaria radicada en Italia desde 2010. Entre sus poemarios destacan *Finlandia*, *Principios y continuaciones*, *Las cosas que compramos en los viajes* (XXIV Premio Latinoamericano de Poesía Ciro Mendía-Casa de Cultura de Caldas, Colombia) y *Los parques interiores* (XLVIII Premio de Poesía Rafael Morales, Municipio de Talavera de la Reina, España). De Mario Meléndez (Chile) sobresalen los títulos *Vuelo subterráneo*, *El circo de papel*, *La muerte tiene los días contados*, *Esperando a Percec*, *Jardín de escombros* y *El mago de la soledad*.

Cierra esta selección Henry Alexander Gómez (Colombia), quien es magister en Creación Literaria de la Universidad Central y Licenciado en Ciencias Sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, y ha recibido diferentes distinciones, entre ellas el Premio Nacional de Poesía Universidad Externado, el Premio Nacional Casa de Poesía Silva, el Premio Internacional de Poesía José Verón Gormaz de España por el libro *Tratado del alba* (2016), el Premio Internacional de Cuento Juan Ruiz de Torres por el libro *Cuentos para hundir un submarino* (2021) y el Premio Internacional de Poesía Miguel Hernández por el libro *La torre de los caballos azules* (2022). Además, ha publicado, entre otros, los libros *Diabolus in música* (2014, Premio Nacional de Poesía Ciro Mendía), *La noche apenas respiraba* (2018, Mención Honorífica Certamen Internacional de Literatura Sor Juana Inés de la Cruz y finalista del Premio Nacional de Poesía del Ministerio de Cultura).

Compartimos esta brevíssima muestra, esperando que no sea la última. Dejamos en sus manos, lectores, este pequeño esfuerzo por compartir nuestro entusiasmo hacia la poesía, que cada vez está más cerca de todos.



Ana María Bustamante (Colombia)

I

Soy el silencio que sobrevive
tan lejos,
donde la boca del mundo desaparece
y queda solo una sombra,

un fluir inmenso de agua
donde la soledad se yergue.

En la ceguera de mi nombre
emprendo el viaje.

II

Vengo al encuentro con lo antiguo,
al hondo renacer de esta ceniza.

A poblar el silencio,
el cansancio,
torpemente,
con mis huesos fundidos.

A nacer, viajera
en el indefinible milagro del alba.

A eso he venido.

De *Antes de ser silencio*, Sílabas Ediciones, Medellín, 2019.
Premio Nacional de Poesía Tomás Vargas Osorio 2019.

Randall Roque (Costa Rica)

Revólver de oro puro¹

Cuando se atormenta por el suicidio
de su hijo Carlos y su amigo Joaquín,
por la tuna gris del cáncer de Luisa,
lame los plomizos muñones de una bala;
recuerda al General Lázaro Cárdenas,
al pintor Siqueiros y los mexicanos
cabalgando por las rutas de Zapata.

Por eso Pablo guarda el revólver
de oro puro que le dio el General
pulido como un diente de orfebres.

Acaricia el cañón hasta la rabia:

Es una húmeda lengua de toro
contra los vidrios de las carnicerías
o el blanco dorso de una beluga
muerta a golpes con la culata
-de una escopeta.

Escribe, unos días y otros también,
de la nuez igual que escribiría
de las cuencas vacías de un ternero
o del amor como un vómito frío de gato.

No murió como Zapata en Chinameca
con traidor clarín de honores y veinte tiros.

Un disparo bastó a Pablo de Rokha
y un Premio Nacional de Literatura.

De *Bones 'N' Ribs (Música de Huesos)*, Ediciones Juglar, Ocaña (Toledo), 2023.

¹ El 25 de octubre de 1916, Pablo de Rokha se casó con Luisa Anabalón, quien posteriormente fue conocida con el seudónimo literario de Winétt de Rokha. Pablo vivió entre la poesía y el repudio a Pablo Neruda, a quien dedicó no menos de dos libros con una ácida crítica a su militancia y al plagio de obras. Aunque recibió el Premio Nacional de Literatura de Chile en 1965, consideró que era demasiado tarde: su esposa murió en 1951 debido al cáncer; su hijo Carlos se suicidó en 1962; y su amigo Joaquín Edwards Bello, en 1975; así que un premio literario como este no fue bien recibido. En su soledad, se suicidó el 10 de septiembre de 1968, a los 73 años de edad, de un balazo en la boca, con un revolver .44 de oro que recibió del general Lázaro Cárdenas.

Marilyn en tina de baño

Demasiado hermosa para morir y usar
en Marilyn la frase: «descansa en paz»,
que es la tumba de lo innombrable,
donde mueren con solemnidad
arruinados rótulos de neón
de gasolineras y hoteles de paso.

Desnuda: un estallido de bronce
en los bosques de California,
un rojo filamento de tungsteno
ante la fuga invisible del gas.

Su cuerpo húmedo y helado en la tina,
perfecto, como el mármol de Toscana
que la espuma no toca ni deforma.

Camina por un bourbon hasta la cocina,
sola y triste, como Norma Jeane Baker
y un rastro tibio de agua a su paso,
destila y unge los blancos metales
de sus nalgas hasta sus piernas.

Rellena como un costal de trigo con sedantes,
como un lechón o un pavo con el amor
que solo obtienen durante el consumo.

Piensa en James Dougherty, en Joe DiMaggio,
en el libro que escribirá Arthur Miller
y en la blanca polla de los hermanos Kennedy.

Solo Hugh Hefner se encuentra
a Marilyn en la oscuridad de su nicho
en el Westwood Memorial Park de Los Ángeles
junto a Burt Lancaster o Dean Martin.

El camino de agua hacia la tina de baño
desaparece mucho antes de que entre la policía.

De *Bones 'N' Ribs (Música de Huesos)*, Ediciones Juglar, Ocaña (Toledo), 2023.

Lobo y hombre

Desde siempre: hombre y lobo,
antes que la rueda y la primera chispa
del fuego.

Cuando formó el canto de la piedra,
la daga en el cuero y la espiga como lanza.

Dios no existía como existe ahora.
Dios era el humo que desaparece,
la lluvia, el pantano que ahogaba
a las bestias.
Dios no era lenguaje ni verbo.
Dios no era nada. El hombre era lobo.

El aullido –porque ambos aullaban–
hacía crujir tierra y luna por igual.

Hombre y lobo aullaron juntos.
Templaron la luna como al hierro
hasta hacerla redonda y hueca.

Después, la palabra distanció
al lobo del hombre: perro y hombre.

La pintura rupestre fue hecha por lobos
u hombres que aún se sentían lobos.

Mordían las plantas, salivaban la tierra.
Hay rastros de uñas largas en las rocas.
En las cuevas, los primeros artefactos.
La domada crin de la hoguera.

El aullido de los perros nos espanta o atrae,
según sea nuestra cercanía con el lobo.

De *El más Furioso de los perros*, UNED, San José Costa Rica, 2022.

Ada Zapata Arriarán (Bolivia)

Muy lejos de la noche

Muy lejos de la noche
Escapando al gran bostezo

En la tierra invisible

En las oscuras tardes
Las voces de los niños

Resoplaban en el prado
Debajo de un gran árbol

Cómo reían
Y se burlaban
Jugando con las sombras

Algo
Alguien los movía
y se iba

Una soledad trepada al árbol
Atrapada en la maleza

Atada a la pared de la oscuridad

Sacudía el sueño
De un ángel

Que caía como una manzana

Visitada
Por el escarabajo de la noche

El cuerpo de la culpa
Siempre atado
A la pared de la oscuridad

Miraba en silencio
Las manos que bajaban a las profundidades
Y cerraban los ojos abiertos

El abrigo desnudo
Descansaba en el árbol

El tiempo
Saltaba con puertas giratorias

Con las manecillas
Del reloj
Entre las ramas

Los hijos de la moneda falsa
Las muñecas
Nacidas
De los abrigos
Negros

Con las manos huecas
Entre las piernas abiertas

Corrían y se escondían bajo los árboles

Porque no podían despertar
Al gran padre herido

Descubrían
La inmovilidad
Que simula el olvido

Para lamer su extrañeza

Y nombrarla
En secreto

La noche era un animal muerto
Atravesado por las agujas del silencio

Su sombra tomaba agua de los parques

Este jardín
De espaldas al sol

Con animales que salen de las profundidades del cuerpo

En la casa interminable

Josué Andrés Moz (El Salvador)

Válium

No abras la puerta madre
en esta habitación hay un canto siniestro de fármacos y jeringas
un hombre pronunciando el nombre de la tristeza
un hueso deforme que asemeja la dureza del corazón.
Madre detrás de mis ojos están los ojos muertos de mi hermano
detrás de mis manos de mi voz de mi angustia de mi sombra iluminada por las moscas.
Madre no abras la puerta
puede ser que las bestias arrullen el alma de tu hijo
que los chacales extingan su cordura sobre mi carne
que mi risa recuerde a una mañana lluviosa en el cementerio.
Madre ¿quién está parado al otro lado de mis años?
¿quién se ríe de nosotros y voltea su mirada hacia la tumba?
¿cuántas veces mis lágrimas te han quebrado los ojos
y pulverizado caricias que dejaron los fantasmas de los últimos años?
Qué vergüenza haber nacido muerto qué vergüenza haber nacido
en este oficio eterno de Caín levantando reinos
con este espíritu de Lázaro ignorando la voz de Cristo
con esta geografía de labios sin labios de rostro sin beso

con estas treinta monedas de plata sobre mi lengua.

No abras la puerta madre

Puede que te encuentres retratada sobre mis ojos

Que la primera palabra que escuches

La hayan escrito los escarabajos entre mis dientes.

De *El libro del Carnero*, s/l, 2021.

Marisa Martínez Pérsico (Argentina)

Primera tentación de la nostalgia

No recuerdo si fue
con nueve años
que en mitad del camino una culebra
devoraba una rana.

Dos patitas al compás de la ponzoña
y la cólera verde
con la boca ocupada
que impelía a correr.

Detrás de mí, la zanja.
Por delante la espera de mi madre.
Se aposentó la noche dulcemente en el trigo
como una invitación a regresar.

No siempre se precisan los relatos.
Con una escena basta para explicar la vida.

La mía fue esa tarde,
sin virgilio ni lobos, por el campo,
tratando de entender
si el paraíso
era ir hacia adelante
o hacia atrás.

Estado de emergencia

He intentado protegerme del amor
como de los ladrones:
poniendo rejas
en todas mis ventanas.

Entraban el viento, los susurros,
la mansa claridad del mediodía
con aparente libertad por los barrotes.

Estar completamente a salvo
exigía reforzar la puerta.
Así que incorporé una verja de metal
a prueba de ganzúas.

Por fin me siento invulnerable
a la amenaza exterior.

Queda por resolver
cómo salvarme
si la casa se incendia.

Nomen Omen

Mi nombre es sinónimo de brisa
en la lengua oficial de las palomas
que siempre se despiertan
en campanarios distintos.

Empieza con el mar
porque conoce
el desamparo de las perchas vacías,
cuando la soledad se cubre
de monumentos blancos
y el silencio se viste de medusas.

Busca la perentoria luz de las glicinas.

Pero también mi nombre
es criatura de tiempo.
Y en amores prefiere eternidad.

Por eso se acerca jubiloso
cuando tu corazón lo llama
como un animalito sediento a un caminante
que le tiende la mano.

Del *Los parques interiores*, en prensa,
XLVIII Premio de Poesía Rafael Morales (España).

Mario Meléndez (Chile)

Oveja negra

Nunca nos despedimos de Dios
tampoco lo hicimos de la muerte

Éramos arrogantes hasta decir basta
creíamos que al final
las musas se pondrían de rodillas

Pero estábamos equivocados
nadie nos esperaba en ninguna parte
ni siquiera en el más allá

Las moscas hip hop

Las moscas hip hop
no son del gusto de su Santidad
Se desplazan por la mesa del comedor
como histéricas bailarinas
aterrizan en los cubiertos de plata
los candelabros antiguos
hasta llegar a la sopa del día
a las castañas que reposan
a la sombra de Dios Padre
Parecen retroceder
dando pasos de ceniza
en una coreografía mortal
vuelan en círculos sobre las ensaladas
sobre las migas que bostezan
en la barba del Obispo
sobre los restos de canapés
Se miran antes de la ofensiva
tararean un murmullo irrepetible
y se alejan con las patas victoriosas
Son las moscas hip hop
las mismas que estuvieron
en la última cena

**Autorretrato de Dios
hallado en una fosa común**

Detrás de un rostro con labio leporino
asoma un gordo colgado de las axilas
Se ignora quién es la chica que besa
a María
Tampoco se tienen datos del vendedor
de clavos
o aquel que arrastra el cadáver de Judas
Algunos cuervos completan la escena
parados sobre la cruz de nadie
analizan los ojos del centurión
La obra está hecha en colores fuertes
tal vez mezclados con la sangre de Cristo

Henry Alexander Gómez (Colombia)

Crónica del tren de medianoche

Un día leí en un viejo periódico la noticia de un niño que intentó parar un tren con sus manos: «El pequeño joven se paró delante de la máquina que venía a toda velocidad y puso las manos hacia adelante con intenciones de frenarlo», advirtió el maquinista. «No puedo borrar de mi mente sus ojos soñolientos y una risa púrpura que contrajo el tiempo por unos segundos». Y agregó: «Comencé a tocar la bocina exasperado, ya que el tren no podía detenerse».

El nombre del muchacho era Georg Trakl, pianista de Salzburgo.

Tiempo después, vi al niño del tren. Juro que brotó de la rama de un arce rojo y se puso a jugar en uno de mis poemas. No le bastó con haber mordido cada palabra para luego desperdigarlas en el suelo. Me dijo que la lluvia es ambulante y que los muertos llevan brazos de plata en las noches especialmente frías.

Del libro *La torre de los caballos azules*, Editorial Devenir, Madrid, 2022.

Casa giratoria

Paul Klee / Madrid, Museo Thyssen-Bornemisiz

Le jalé una hebra a un pedazo de la noche y la cubrí con un poco de cera. Mis manos moldearon una vela que alumbró la habitación. Miré la llama por horas y logré entender el reflejo de su luz en la pupila de cada hombre o mujer que alguna vez ha encendido un fuego; supe también cómo la llama me observaba.

Esa flama, esa gota de estrella que me abraza con mi yo primitivo, es un ringlete que rueda por el tiempo, una veleta de fuego movida por el corazón de todos los hombres.

De *Casa giratoria*, Taller Blanco Ediciones, Bogotá, 2019

En el lomo de la vaca el viento revuelto en un sudario de espumas

Eran las mañanas y las tardes. Solía acompañar a mi abuela Ana a llevar y traer las vacas, del establo al potrero y del potrero al establo.

Íbamos por la mitad del pueblo arreando las vacas que eran como dedos gordos de Dios.

Yo y mis cinco años y la rama de un árbol haciendo de fusta.

El sol trepaba por las manchas azules de las vacas y en su paso torpe un aliento desconocido empozaba la sílaba del sueño.

Las piedras, las crestas de los árboles, un puñado de maderos y sus cercas.

Verlas pastar era echar boca adentro toda la paciencia del aire, como hundir una luna en un enredo de hierba.

Y en los ojos de las vacas un vacío de luz, un misterio lerdo que latía en cenizas sobre el corazón lento del día.

Mis cinco años, mi abuela Ana y las moscas abriendo huecos en las primeras sombras de la tarde.

Entonces la vaca Golondrina se fue de bruces al río.

El hechizo del agua le llegó como una sogá que halaba su carne en una cadencia sin tiempo.

Era de ver su júbilo corriendo entre las formas del torrente. Mugía y su voz era un tambor que trezaba mi garganta. Un fósil nacido en lo más hondo de la vocal del mundo.

Corría la vaca por el río y mi abuela la seguía desde la orilla,
entre los pastos largos y mojados,
llamando desesperadamente su bovino. Cuidado de no ahogarse la vaca loca.

Mis cinco años arreando el sueño de loco de mi abuela Ana. En el lomo de la vaca el
viento revuelto en un sudario de espumas.

Hará tiempo de aquello. El río arrastrando esqueletos húmedos de hojas y trastos ve-
getales, llevándose consigo mis cinco años y las alas invisibles de la vaca Golondrina,
en una ceremonia de bocas abiertas a los muslos de la nada. Navegaba ahora
hechizado el ocaso en una brisa de peces muertos.

Dicen que las vacas
se parecen a los sueños de los hombres tristes, no dejan de rumiar su soledad
en cualquier balcón desvencijado de la vida. En el mañana
o en el ayer, es floración la noche cerrada.

A la orilla, sobre la piedra molida, boquea todavía la vaca Golondrina
tragando tajos de luz. Muge mientras puede.

Mecánica popular

El ventilador pide a gritos un poco de agua,
el humo de los automóviles llena las aceras con arrugas
y ríos de combustible
que hacen estremecer a los paseantes.

Escribo en un lugar de la ciudad
donde los hombres viven en el centro de sí mismos.
Hay aquí una playa negra en la que desembocan grietas de polvo
y silvestres sonrisas llagadas por el sol.

Una gota de sudor tiembla sobre la llave inglesa
con la que intento abrir el carburador
de un Renault 12 de puertas amarillas.
«Comió varón», dice el evangelio
de estos viejos muchachos que cada noche
hacen el amor con sus mujeres
perfumados en aceite y grasas de motor.

No soy hombre, pero intento serlo. Ensayo una y otra vez
este físico lenguaje con el que se repara la carrocería,
las bujías o el cigüeñal,
como quien intenta cientos de veces entrar al corazón
de una mujer que ha roto sus labios por la pureza de los días.

«Algún día haré dinero y abriré mi propio taller»,
pero algo me revela que naufrago en aguas que nunca serán mías.

Por fin, es sábado en la tarde,
el ruido de los exostos se apaga cuando
entramos en la taberna a bañarnos con canciones
que también aceitan las tristezas que oxidan
el motor de la vida.

«Nada es como antes», dice con soltura
el latonero Poncho González,
«ya no hay repuestos
para las penas de amor», afirma una vez más
y enciende un bello cigarrillo.

Somos ángeles oscurecidos por las máquinas,
obrerros
que bailan en algún rincón de un silencio lleno de fracturas.
El lunes las camisas volverán a ser ceniza.

